

# Subversiones estructurales

Ricardo Cicerchia

**P**asó demasiado tiempo para que desde las ciencias sociales pudiese afirmarse que la familia es una organización social conformada por tres dimensiones: la sexualidad, la procreación y la convivencia, universos en constante transformación. Y que en realidad más que de familia deberíamos hablar de formas familiares. Todo análisis de tal itinerario debía entonces prestar atención a cómo las tradiciones y las estrategias iban definiendo tales formas. En la base de la organización familiar así revisitada, parentesco y cambio social se convierten en dos de los elementos centrales. De este lado, las continuidades encarnadas en patrones de sociabilidad familiar que se reproducen. Más allá, una modernidad que precipita un proceso de individuación con la emergencia de sujetos teóricamente libres y responsables. El parentesco ha sido, a menudo, un tema marginal para la antropología de las sociedades industriales. Sin embargo, algunos estudios etnográficos recientes demuestran que puede convertirse en un elemento central de la explicación antropológica, si es entendido en toda su dimensión simbólica y cultural.

Joan Bestard: *Parentesco y modernidad*, Paidós, Barcelona, 1998, 255 páginas.

El análisis etnográfico se propone entonces como una revitalización de las dimensiones estructurales de las relaciones sociales extremadamente sensibles a los hallazgos de la investigación histórica y demográfica. Esta novedad teórica ha estado relativamente silenciada por los poderosos procesos de hibridación con-

---

RICARDO CICERCHIA: profesor de Historia Latinoamericana, Departamento de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires; investigador de carrera del Conicet, Argentina; y del Instituto Ravignani, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

ceptual que siguen conmoviendo a las ciencias. *Parentesco y modernidad* aceptó el reto proporcionando un bienvenido aire fresco.

Con gran placer, yo, un especialista en historia de la familia, y algo extranjero de la antropología, he recorrido las páginas ingeniosas y rigurosas de Bestard. Inscrito en la corriente de la nueva antropología catalana que por la década de 1970 se ha dedicado con entusiasmo al desarrollo del estudio de las comunidades regionales, su proyecto se inspira en toda la fuerza y permanencia de *Estructura elemental del parentesco* de Claude Lévi-Strauss, ya desplegada en su *Casa y familia* de 1986. Pero atención, nunca se trató de un alineamiento obediente. Al menos tres características distinguen la originalidad del trabajo de Bestard. En primer lugar, la iluminación de los microcosmos como punto de partida, el pretexto de una cuidadosa especulación conceptual. En segundo lugar, la aventura de considerar el parentesco como la llave del entendimiento de las continuidades y discontinuidades culturales, una sólida identidad social multiseccular. Y finalmente, la combinación de teorías sociológicas, historiográficas y antropológicas a tres niveles, local, regional y global.

*Parentesco...* elige como área de análisis lo que el estructuralismo denominó la compleja organización del parentesco, enfatizando que el concepto no puede reducirse ni al universo de las normas, ni a sistemas altamente vulnerables a las estrategias sociales. Las nociones de parentesco son, básicamente, símbolos que proporcionan sentido a las relaciones personales y hacen posible ciertos tipos de experiencias sociales. El discurso del parentesco no es entonces un sistema cerrado que domina algunos aspectos de la estructura doméstica. Es, de hecho, un dispositivo de orden cultural estrechamente ligado a las jerarquías, el estatus y la identidad. Así, el parentesco es una construcción cultural que se funda en un proceso histórico específico. Proceso de cambio social de las formas en que cada sociedad construye su idea de continuidad.

Pero ahora vayamos al libro. Hasta el presente, parentesco y modernidad han aparecido como conceptos antitéticos. Uno útil para examinar la privacidad, la naturaleza de las alianzas y los hábitos. El otro, para entender el sentido de las transformaciones. En otras palabras, la persistencia del tozudo desencuentro entre la antropología y la historia. El libro de Bestard es justamente un juego de integración o, mejor dicho, un intento de montaje de estas dos perspectivas.

El primer cuadro es un escrutinio del estudio de las relaciones de parentesco por parte de las ciencias sociales. Entre los consensos interdiscipli-

narios el autor remarca la imposibilidad de considerar a la familia nuclear occidental como un producto específico de la modernidad. Y al mismo tiempo, la necesidad de entender el desarrollo de la familia como un *continuum* de las sociedades tradicionales en el contexto de los diferentes tipos de modelos culturales de relaciones de parentesco. Y este sería el dato importante: un análisis cultural de dichas relaciones no puede separarse del análisis de los procesos de cambio. Entonces su enfoque desnaturaliza los lazos de parentesco. En la medida en que participan de la negociación de la producción y reproducción social, son cultura.

La historia de la familia ha rebatido la idea de que hay un tipo de afinidad determinada entre formas familiares y procesos estructurales. Un desafío a toda la ideología funcionalista que por tantos años opacó el imprescindible registro histórico en estos menesteres. Este punto de partida sirvió para entender correctamente la paradoja existente en las sociedades modernas entre un profundo impulso de desarrollo social y diferenciación individual, y la presencia de una comunidad imaginaria sostenida en el discurso de las tradiciones. La ardua negociación entre contrato y estatus.

Son justamente los procesos de transición los que muestran con claridad tal combinatoria y tensión. Para el caso de las sociedades latinoamericanas coloniales, el estudio de la parentela ha arrojado interesantes claves para entender el desenvolvimiento de las fuerzas económicas y políticas. La estructura de las parentelas se caracteriza por la ausencia de un límite preciso del parentesco. Es un esquema operativo que permite trazar, en un momento dado, configuraciones concretas en la masa confusa de los lazos de parentesco bilaterales. Y los límites de estas parentelas se asignan históricamente, tanto en sus membresías como en sus funciones.

Fundamental en esta perspectiva es la observación —y así lo hace Bestard— de los modos de transmisión del patrimonio. En las sociedades de herencia única se puede hablar de una parentela organizada en torno de una casa, mientras que en las sociedades con herencia igualitaria las parentelas se centran en torno de un individuo. En el primer sistema la división jerárquica se establece de forma endogámica y los grupos domésticos son unidades residenciales que tienden a reproducirse dando continuidad a una línea de descendencia; en el caso del sistema igualitario, las redes colaterales de los sistemas se forman siguiendo una amplia gama móvil de parientes definidos horizontalmente. Sin duda procesos que marcan a fuego las relaciones básicas del parentesco: relaciones de

género, relaciones entre hermanos y hermanas, y relaciones intergeneracionales.

Estratégico en tales constelaciones es el matrimonio, o mejor, la representación cultural del matrimonio. Retomando un trabajo anterior sobre los patrones familiares de los habitantes de Formentera y los condicionantes regionales, Bestard bien señala la diversidad de las formas de tal representación. Por un lado relatos sobre matrimonios entendidos como alianzas promoviendo una continuidad que remite a la perpetuación de una misma identidad local. Y por otro, la existencia simultánea de matrimonios que interrumpen la continuidad de las casas y las normas de parentesco anteriores. Se trata de un pasado reconstruido a través de un dispositivo que articula relaciones comunitarias y enfoques individualistas en el discurso de los actores. Es fundamental la idea de que cada matrimonio significa potencialmente cambios y una diversificación de las relaciones de parentesco.

Este acierto en el análisis cultural de las relaciones de parentesco tiene sin embargo, un costado al menos controvertido—claro, según espío desde la historia. El texto va imponiendo cierta idea de que, por un lado, la familia es la metáfora de la intimidad e identidad, y por el otro, que son los parientes los que se organizan alrededor de obligaciones morales y responsabilidades exteriores. Parece reflotarse la diferenciación entre el mundo privado y el ámbito público, lo que arrastra automáticamente a jerarquizaciones y hacia una delimitación de escenarios mucho más ideológicos que históricos. Y aquí se impone la profundización del debate con base en tres evidencias. En primer lugar, la existencia de múltiples dimensiones de la privacidad: el espacio de la conciencia moral y religiosa; los derechos privados; y el mundo doméstico. En segundo lugar, la constante interpenetración de lo público y lo privado. Y por último, la intervención de agencias sociales en la definición de las fronteras y los puntos de encuentro.

Que el texto termine con dos subversiones (demasiada naturaleza ... demasiada cultura) no solo indica la agilidad intelectual de Bestard, sino que además remata de forma apropiada un tipo de reflexión científica siempre de cara a la sociedad. *Parentesco y modernidad* salda dos deudas: la de actualizar el recorrido del pensamiento antropológico y su interacción con las otras ciencias sociales en torno de las relaciones de parentesco; y la de otorgar a su mirada disciplinar sobre la tensión constante entre tradición y cambio un riguroso sentido histórico. En definitiva, abrigo contra el relativismo, tiro de gracia al funcionalismo.